

A P U N T E



Lo que hay de inaccesible
en el falso equilibrio de las grullas,
es su meditación a cielo abierto,
su vocación de cisne
o perfil curvilíneo
tan prematuramente concretado,
unidimensional y albo de siempre.

Lo que hay de más patético
en la omnipresencia
de todos los amantes destronados,
es la resignación con que contemplan
su corona en el fango.
Helos ahí ignorando el frío de sus almas
cuando el dolor propicio
cauteriza los últimos vestigios de ternura.

Lo que hay de más solemne
y atroz en la postura fetal de los discóbolos,
es la virtual querencia del atleta
a regresar al vientre de la madre.
No hay salida.
Si acaso, en los albores
de alguna primavera, los vencejos

nos niegan su retorno a los aleros
será signo inequívoco
de que ha entrado en auge la entropía.

Lo que hay de más temible
en las intemperancias de los dioses,
es que tienen mal vino.
De pronto, se levantan
desmelenados, turbio el triángulo
sobre la sien, caído,
nos salen al encuentro y nos espetan:
Poned la otra mejilla.
Y es sabido
que si un día les diera
por toser y volar sobre Hiroshima,
o por descifrar signos cabalísticos,
podrían hacer del mundo
—nuestro mar, nuestra tierra, el universo—
un páramo baldío.

Andrés Salom